

de hacerle sufrir, continuó la relación de sus desdichas: el insomnio la había minado, la mataba, y sólo sentía calma tomando láudano; el doctor doblaba, triplicaba las dosis, y Lía, sin embargo, no podía dormir, tal vez porque no quería, madre desolada.....

El niño sucumbió, y creyóse que ella enloquecía, aunque tuvo fuerzas para avisárselo á sus padres, no queriendo que su hijo fuese llevado al cementerio, solo, sin nadie que le acompañase por última vez, como un perro.

Y entonces supo que su padre Hermann también había muerto y que su madre fué conducida por sus parientes á Metz; Lía, pues, estaba sola en el mundo, espantosamente sola.

Y cuando el niño quedó para siempre en el cementerio de Montmartre, ella esperó la noche, dirigió al cielo una plegaria, escribió á su madre y tomó de una vez todo el láudano que se la había prescrito para muchas veces, como supremo consuelo; y poniéndose un chal, encaminóse rápidamente á la antigua casa de Miguel Berthier.

La portera de la avenida Trudaine vacilaba en dar á aquella mujer exaltada las señas del nuevo domicilio del diputado, y Lía la arrojó en el delantal una moneda de oro, diciéndola:

—Miradme, miradme bien: ¿no recordáis haberme visto antes? Ya sabéis que soy su querida.

—¿La antigua?

—Sí, la antigua—respondió Lía fríamente.

Y su aparición en casa de Miguel había producido el efecto de un espectro.

X.

Berthier, cuya ansiedad iba en aumento, calculaba con espanto lo desastroso de aquella aventura: si Lía muriese en su casa, si hubiese ido allí para dejar su cadáver atravesado en el camino que él triunfalmente recorría, todo se desmoronaría en un instante, sus esperanzas, su porvenir, sus sueños de ambición; ¡sería aquello la ruina!

—¡Estoy perdido, estoy perdido!—se decía, cobarde y aterrado ante aquella lúgubre realidad, ante aquella mujer que llegaba para morir en su casa, á sus pies.

¿Pero no se podría salvarla? ¿qué veneno había tomado?

—Lía, mi pobre Lía—exclamaba Miguel—¿qué sientes? ¿qué veneno has tomado?

—No siento nada, todavía nada; un vértigo; la cabeza que se me anda..... Toma—añadió la infeliz sacando de su pecho un frasco vacío—toma, toma y lee.

Aquel frasco había tenido láudano de Sydenhan, según la etiqueta blanca y roja que lo indicaba.

Miguel tomó su sombrero y corrió hacia la puerta.

—¿A dónde vas?—le dijo Lía.

—¡A salvarte!

Y bajó rápidamente la escalera y se lanzó á la calle, mientras Lía murmuraba:

—¡Oh! ¡eso sería muy cruel, si no fuese inútil!

A los pocos minutos llegaba Miguel á una farmacia y hacía despertar al boticario, á quien explicó rápidamente la terrible situación en que se encontraba.

—¡Ah!—dijo el hombre de ciencia.—El láudano de Sydenhan, como todas las preparaciones de opio, la morfina, la codeína, la narcotina..... ¡es terrible! ¿qué síntomas tiene la enferma?

—Sed, vértigos, pesadez de cabeza.....

—¿Qué cantidad ha tomado?

—No lo sé..... Creo que dos frasquitos como éste—dijo Miguel, mostrando al boticario el frasco vacío que llevó consigo.

—¡Ah! pues lucharemos: si al cabo de doce

horas la enferma siente alivio, está salvada.

¡Qué noche! ¡era ya la una de la mañana!

—Es menester obrar prontamente, porque la muerte puede llegar antes de seis horas..... Id á buscar un médico..... aquí tenéis tártaro estibiado: hacedlo tomar á la enferma por dosis de cinco á quince centigramos; tendrá náuseas, sudor abundante, congestión momentánea del rostro, escalofríos, temblores nerviosos..... Pero no os inquietéis, porque todo eso hará su salvación.

—¡La salvación!—exclamó Berthier.—Bien, bien.

Y atendiendo á otras prescripciones que le hizo el farmacéutico para que diese á la enferma agua acidulada con vinagre, una taza de café muy cargado, fricciones en los brazos y las piernas con un cepillo, y algunas más, tomó los paquetes que preparó el boticario, pagó su importe, y dirigióse hacia la puerta de salida.

—Perdonad—dijo entonces el farmacéutico—¿vuestro nombre, caballero?

Miguel se detuvo: dar su nombre era entregar su secreto, y no había pensado en esto.

—¿Pero no me conocéis?—dijo.

—No, señor..... y como se trata de un envenenamiento.....

Miguel respiró.

—Pues bien; me llamo..... Gontran de Ver-
gennes, y vivo..... calle de Aumale, núm. 12.

Y salió presuroso, mientras el boticario apun-
taba nombre y señas.

*
*
*

—¡Lía!—gritó Miguel entrando en su casa—
ya estás salvada. ¡Aquí tienes el contraveneno!

—¿Qué es eso?—preguntó Lía, viendo la ma-
teria polvorienta que Miguel desataba en un vaso.

—Tártaro estibiado..... ¿pero qué te importa lo
que sea? ¡es tu salvación! ¡es tu vida!

Una sonrisa desdeñosa pasó por los secos labios
de la joven; una de esas sonrisas que declaran el
dolor inmenso, la herida cruel que se tiene en el
alma; y rechazando la triaca que Miguel la ofre-
cía, exclamó con firmeza:

—¡Bah! ¿para qué eso? retíralo..... no estoy
envenenada.....

Miguel, que estaba inclinado sobre ella, levan-
tóse de un salto, con el furor más violento marca-
do en sus ojos.

—¿Qué dices ahora?

—Digo..... ¡que ni siquiera vales que se muera
por tí!—contestó Lía con tal expresión de des-

precio y energía como nunca él la había conoci-
do.—Digo..... que estarías demasiado orgulloso si
pudieras decir que tu querida, la *antigua*, se había
envenenado por tí..... No, no estoy envenenada;
no he tomado láudano, he mentido y te he enga-
ñado.

Lía rehusó tomar el antídoto; su respiración
era lenta, profunda; cerraba los ojos y veía la in-
feliz el panorama de su pasado, de su juven-
tud, de su amor; y luego, á su hijo Daniel que
murmuraba dulcemente la canción con que ella
le había arrullado en sus largas horas de in-
somnia.

—¡Lía, Lía!—gritaba Miguel cada vez más
asustado.—Toma esto, tómalo pronto, en nombre
del cielo.

Lía no lo tomaba, y él tenía tentaciones de co-
gerla por el cuello para obligarla á beber, y luego
se arrastraba á sus pies, cruzaba las manos ante
ella, la besaba en la frente, lloraba, la conjuraba
á vivir.

—¿Para qué vivir?—respondía la pobre ma-
dre con amargura.—¡Mi hijo ha muerto!

—¡Vive, vive!—exclamó Berthier.—¡Yo te
amaré! ¡Volveré á besar tus pies! ¡Oh Lía! ¡en
nombre de nuestro hijo muerto, consiente en vivir.

Lía quiso rechazar brutalmente á Miguel, y súbitamente una especie de demencia, un resto de bondad que le quedaba en el corazón la detuvo; y mirando á aquel hombre fijamente, hundiéndole esa misma piedad como un puñal, le dijo con acento breve:

—¡Es la primera vez que has hablado de tu hijo!..... Dame el antídoto.

—¡Salvada, salvada!—gritó Miguel aplicándola á los labios el contraveneno.

XI.

El reloj marcaba las dos y media, y Lía, tendida en el lecho, parecía una muerta.

—¡Ah loco, cien veces loco!—se decía Miguel mirándola. —¡Qué locura haber amado á esta mujer!

El antídoto la había sacudido horriblemente, y la enferma estuvo largas horas con ardorosa fiebre, sirviéndola Miguel, que no quiso llamar á su ayuda de cámara, el agua acidulada y la infusión de café que debían combatir el mal, según la prescripción del farmacéutico.

Miguel Berthier sentía inmenso alivio en su espíritu, y estaba enervado más que rendido.

—¿Qué habría sucedido—se decía—si Lía hubiese muerto en mi casa? ¡Bah! no quiero pensar en eso, porque la triaca ha sido salvadora..... Tanto mejor: estaré en la tribuna más vibrante, más altanero.

¡Ya no pensaba más que en su discurso!

Hacia las doce, Lía sólo se quejaba de un poco dolor de cabeza y sequedad extraordinaria en la boca; pidió de beber, y Miguel se dijo entonces:

—¡Sí, salvada, decididamente salvada!

Llamó á su ayuda de cámara para encargarle que cuidase de Lía; escribió á Gontran un billete, que envió con un mandadero, explicando en líneas rápidas y confusa letra por qué y cómo había usado de su nombre; reunió las notas que debían servirle para su discurso, y las metió en una cartera de cuero que tenía aspecto de cartera ministerial; se vistió, se puso los guantes, renovó las órdenes que había dado á su ayuda de cámara, y saliendo en seguida de su cuarto, bajó la escalera rápidamente y se metió en la primera berlina de punto que vio pasar por la calle, diciendo al cochero:

—¡Al Cuerpo Legislativo! ¡á escape!

Miguel estaba resuelto á asombrar á aquellos

mismos que conocían y sabían sus relaciones con el Imperio, y ni siquiera procuró disfrazar su conversión con pretextos más ó menos habilidosos: estuvo altivo, enérgico, audaz, y su famoso discurso dejó estupefactos á sus antiguos correligionarios hasta el punto de que ni intentaron interrumpir al orador en su apología del régimen que antes él mismo combatiera con encarnizamiento, ni los aplausos que se le prodigaban.

Berthier rendía las armas al enemigo, y sus antiguos adversarios lo aclamaron, saludando y como subrayando enérgicamente su apostasía; y aun pronto circuló el rumor de que Berthier era el favorito del César, hablándose de una entrevista que no se había efectuado entre el soberano y el diputado.

El efecto del discurso fué notabilísimo, como Berthier esperaba: la derecha y los centros de la Cámara se levantaron en masa para felicitar al orador; la izquierda estaba aterrada é indignada; el tumulto era indescriptible.

— ¡El Imperio está salvado! — decían unos.

— ¡El Imperio está perdido! — respondían los *mamelucos*.

— ¡La conciencia pública sufre un eclipse! — dijo un anciano estadista moviendo la cabeza.

Cuando Miguel se retiró después de aquel golpe teatral, menos para saber de Lía que para dejar libre el campo á los críticos, encontróse en la sala de los Pasos Perdidos (*salle des Pas-Perdus*), cerca del grupo escultórico de Laoconte, con un hombre pálido y sombrío que fijamente le miraba: era Pedro Menard.

Ya fascinado con su triunfo, y quizá resuelto á desafiarlo y arriesgarlo todo, Miguel separóse bruscamente del círculo de lisonjeros diputados que le rodeaban y acercóse á Menard.

— ¿Estabais ahí? — le preguntó.

— Sí, estaba ahí — respondió Menard.

— Mi viejo amigo, ¡la libertad antes que todo!... Y se la sirve según los tiempos: vos la habéis defendido con las armas, y yo quiero fundarla en la ley.

— ¿De verdad? — dijo Menard, contemplando fríamente á Miguel. — Tal vez tengáis razón.... pero hay una cosa que me inquieta: ¿cómo vais á llamaros en lo sucesivo?

— ¿Yo?

— Sí, vos.... porque no podéis llamaros Berthier, nombre del proscrito de Diciembre. Esto no sería lógico: cuando se cambia de casaca, se debe cambiar de nombre.

Y Pedro Menard volvióse de espaldas á Miguel, que le daba la mano y se quedó con ella extendida hacia aquel hombre honrado que no quiso estrecharla.

Había allí varios periodistas que miraban y escuchaban, y Miguel se puso algo pálido; mas recobró en seguida todo su aplomo, se encogió de hombros y dijo:

—¡Bah! ¡haced comprender á los salvajes que hoy se viaja en camino de hierro!

*
* *

Dirigióse á su casa.

Lía no estaba allí; Gontran de Vergennes, que no entendió el billete de Miguel, apresuróse á ir á la calle Taitbout para conocer exactamente los hechos, y encontró en casa de su amigo Berthier á la pobre joven que, aun á costa de la vida, quería salir cuanto antes de aquella casa que ahora le daba horror.

Lía, que refirió á Gontran en pocas y crueles palabras todo lo que sufría, le suplicó que la sacase de allí, y él mismo la acompañó en una berlina de plaza, lentamente, como si fuese una enferma que se conduce en su convalecencia al campo, á la linda casita del boulevard Clichy.

Lía le dió sinceras gracias, contenta de verse otra vez en su casa, en aquella salita donde tanto había llorado cerca de la cuna vacía de su hijo Daniel.

—¡Oh!—exclamaba;—¿no es mejor morir aquí, besando la almohadita en que mi dulce hijo se durmió la última vez para siempre?

Gontran, al observar aquel dolor tan íntimo, aquella desesperación tan resignada y al mismo tiempo tan tierna, experimentaba algo como remordimiento; parecíale que se había asociado á una mala acción de Miguel cuando éste le habló de romper con su querida.

—Yo no conocía á esta muchacha. ¡Pobrecilla! ¡es tan buena, tan dulce, tan amante! ¡Mal negocio la hice entonces!

Gontran no quiso ver á Miguel, y en cambio se informó repetidas veces de la salud de Lía, y la envió un médico, amigo suyo íntimo.

Era éste precisamente Edmundo Loreau.

—La verdadera enfermedad de esa joven—dijo Loreau á Gontran después de visitar á la enferma—es moral; ¡su alma está herida! Pero es una criatura que me interesa, y volveré á verla siempre que fuere necesario.

Miguel recibió con gozo la noticia de que Lía no

estaba ya en su casa, y respiró con amplio desahogo; ya no tenía ninguna preocupación, sino su discurso y el efecto que había producido.

Y este efecto le conoció aquella noche por un lacónico y elocuente despacho del Duque de Chamaraule, que decía así: *Efecto excelente, decisivo.*

Y á este billete siguió una carta del mismo Duque anunciando á Berthier que el Emperador le esperaba á las diez en su gabinete de trabajo (entrando en las Tullerías por el postigo de *L'Echelle*, calle de Rívoli), mientras se celebraba reunión (era *un lunes*) en los salones de la Emperatriz.

El hijo del proscripto Vicente Berthier triunfaba. ¡Había llegado á su objeto! ¡tenía en la mano sus ensueños materializados! Está en el colmo de la alegría, del orgullo satisfecho, de fiebre y locura.

La conferencia que celebró con el soberano, delante del Duque, fué larga; más que conferencia, resultó un monólogo, porque sólo habló Miguel Berthier.

Y tres días después era ministro.

XII.

Entonces conoció Miguel todas las miserias de lo que se llama *el poder*: vió el servilismo y la codicia de los hombres; vió aparecer solicitudes indignas, adulaciones y complacencias que ocultan apetitos desordenados.

La Baronesa de Rives estaba encantada de su obra, experimentando la alegría del escultor que acaba de labrar una estatua.

—Es de barro que parece piedra—decía;—pero en esta época de cartón-mármol las apariencias bastan.

Dalerac fué un día al Ministerio para pedir una cruz á Berthier.

—¿Para quién?

Dalerac sonrió, inclinóse y con un ademán le mostró el ojal de su levita.

—Ya veré, ya veré—dijo Miguel.

Dalerac salió de allí tan obsequioso como de costumbre, más jurando derribar á Berthier si *Su Excelencia* no accedía á su ruego.

Pero quien visitaba á Berthier con más frecuencia era la Baronesa de Rives, que aspiraba á sa-

car de su hechura todo el partido posible, y decíale muchas veces:

—¡Sois un tonto, amigo mío! cuando se llega á ministro, hay que contar con la seguridad de no serlo siempre y la probabilidad de no volver á serlo después de caído; pero se cae quedando rico para toda la vida.

Miguel tenía otro punto de mira: la fortuna para él era Paulina de Morangis.

Pero Francina maniobró con tal destreza, que lanzó á Berthier á una jugada de Bolsa, en la que realizó diferencias de importancia.

Todo le parecía posible á Miguel, todo le parecía permitido; tocaba en el mismo fondo de la humana naturaleza, y la despreciaba más que nunca, por encontrarla ruin; aquel apóstata se ruborizaba de las apostasías de otros hombres.

Uno entre todos hacía esfuerzos para acercársele, para obtener de él un favor cualquiera, aunque fuese á precio de traición: era Roucherade.

—Si queréis—le decía este hombre—os serviré como es necesario serviros, porque la partida empeñada es grande y difícil; pero la ganaremos y fundaréis, Mr. Berthier, una obra sólida y duradera: la democracia imperialista.

Una mañana, Miguel Berthier recibió del pre-

fecto de policía una instancia pidiendo orden de arresto contra cierto orador que presidiendo una reunión pública había dirigido violentas diatribas contra el Gobierno.

—Ese es Juan Delavre—se decía el ministro. No era Delavre, sino Pedro Menard.

Miguel estaba aterrado.

¿Qué había hecho Menard? ¿había perdido la razón hasta el punto de declarar públicamente la guerra á la ley?

El ministro contestó que examinaría el caso, y el prefecto le dijo mirándole de frente:

—Es el momento de dar un golpe de efecto, porque es público que habéis estado íntimamente unido con Menard, y en viendo que sacrificáis á un amigo antiguo en holocausto á la ley, ¿quién dudará de vuestra energía?

Miguel, colérico, firmó la orden de arresto; mas al mismo tiempo encargó á su secretario particular (mozo listo que le había recomendado la Baronesa) que fuese inmediatamente á casa de Pedro Menard, y le suplicara, le mandara en caso necesario que huyese.

Pedro Menard respondió fríamente al enviado del ministro:

—Decid á *Su Excelencia* que tengo deseos de

ver cómo el hijo de Vicente Berthier se las compondrá para que sea condenado Pedro Menard. ¡No huiré ni me esconderé!

Y Berthier ordenó el sobreseimiento en el arresto, después de exclamar:

—¡Qué orgullo!

El día siguiente era el señalado para el mensual *Banquete de los Doce*, y Miguel fué allá para olvidar, más que para gozar del efecto que su nueva situación había producido en sus antiguos camaradas.

Encontró en la sala á su amigo Gontran de Vergennes, y al retirarse después de la comida le rogó que le escuchase á solas algunas palabras.

—He observado—le dijo Miguel cuando estuvieron en la antesala—que el recibimiento de los *Doce* ha sido frío: ¿gestorbo?

—No—respondió Gontran—tú precisamente no; es que....

—¿Mi cartera?

—Tampoco.

—¿Pues qué entonces?

—Voy á ser franco—dijo Gontran—tus discursos de otros tiempos.

—¡Gontran!

—¡Perdón, Miguel!—dijo fríamente el Viz-

conde.—Yo soy hombre que ha visto muchas cosas, y aunque nada me asombra, confieso que tu conducta me ha asombrado, me ha sorprendido..... Sí: hay cosas que no se hacen, y puesto que estamos en el terreno de las confesiones, te declaro que me acuso de haberte impulsado alguna vez á romper cierto vínculo..... Pero había muchas maneras de romperle, y tú has procedido con una estocada á fondo, en pleno corazón. ¡Eso era lo más cómodo!..... Conque adiós: mañana marcharé á Poitou y no volverás á oír hablar de mí..... Pero si otra vez tuvieres que dar señas á algún farmacéutico, no vuelvas á dar las mías, porque no responderé!

Y volvió la espalda á Miguel estupefacto.

Cuando el ministro bajaba la escalera, haciendo casteñetear con rabia los dedos pulgar é índice de su mano derecha, oyó una voz que le llamaba; era la de Dalerac, quien sonriente y meloso le pedía noticias de su *cintajo*.

—¡Ah, ya!—contestó Miguel.—¡Un poco de paciencia! ¿ereís que se puede contestar favorablemente en el acto á todos los que solicitan?

Dalerac, furioso, volvió al salón del banquete, donde se tomaba el café y el *kummel*.

—Caballeros—exclamó con su voz melosa im-

pregnada de coraje—¿habéis visto al hombre que acaba de salir? pues bien: es Polignac haciendo el papel de Mirabeau, adorando lo que él ha quemado y quemando lo que él ha adorado; es el Sicambro de los irreconciliables, de la intransigencia.

—¿El Sicambro de los irreconciliables?—dijo uno de los comensales.—Esa frase no debe ser tuya, Dalerac.

—¡Ah!—insinuó Gontran de Vergennes.—¿Es que Miguel Berthier está amenazado de una caída ministerial?

—¿Por qué?—dijo Dalerac.

—¡Porque vos le atacáis!

XIII.

El Conde Francisco de Morangis había visto con una especie de desencanto y disgusto la conversión y el advenimiento de Miguel Berthier al poder: era hombre de honor que no admitía capitulaciones y rechazaba tales compromisos; pero con la facilidad casi cándida que tenía para creer en el bien, se preguntaba si Miguel había obedecido á una convicción íntima, por creer que sirviendo al Imperio era más útil á la libertad.

—Sí, porque tiene aspecto de hombre convencido—decía el Conde al doctor Loreau.

Y como las *frases* del *boulevard* y de la sala de los Pasos Perdidos no llegaban al retiro de su hotel, ignoraba en absoluto los comentarios públicos sobre la conducta política de Berthier.

Recordaba, es cierto, el eterno aforismo de Mr. de Sartines: *¡Buscad la mujer!* pero sonreía con incredulidad cuando llegó á sospechar que la *mujer* era Francina de Rives.

Tenía razón el doctor Loreau cuando llamaba al autor de la *Vida de convento en la Edad Media* un *ciego admirable*, porque hasta el día en que Paulina había reconcentrado en ella todo el amor de su padre, éste sólo miraba á lo alto, al cielo.

—Vuelve á leer á La Fontaine—le decía Edmundo Loreau—porque él ha descrito un astrónomo que se te parece.

—¡No es cierto!—contestaba el Conde.—El astrónomo de La Fontaine tropieza y cae porque mira á las estrellas creadas: yo miro al Creador.

—Resultado: dos caídas.

—¡Incrédulo! ¡tienes garras en los pies!

—Y tú, pobre Francisco, tienes alas en la espalda.

Y querellándose de esta suerte, sonriendo siem-